

FANTASMAS

Llamado a contribuciones A23

A cualquier hora que te despertaras había una puerta cerrándose. De cuarto en cuarto iban, cogidos de la mano, levantando aquí, abriendo allá, verificando — una pareja fantasmal.

Virginia Woolf, *Una casa encantada*



Fotograma de la película *Una historia de fantasmas* (2017), de David Lowery

Todo fantasma tiene una casa. No siempre es un espacio doméstico, pero un repaso rápido por la literatura o cine fantasmal confirma que cada espectro pena su propia arquitectura. El fantasma necesita de una casa porque tiene una restricción principal: no puede moverse libremente por el mundo. Tiene el problema de estar condenado a quedarse en un sitio para siempre. Los fantasmas, como los gatos, pertenecen a los lugares y no a sus seres queridos.

De ello se podría inferir que el fantasma es el mejor conocedor de su casa, el habitante por excelencia de la arquitectura donde le corresponde penar. Aquel que conoce mejor cada rincón, cada quiñe en la madera, cada raspón en la pintura, cada puerta tapiada o cada muro tumbado. El fantasma no se puede mudar de barrio cuando este está venido a menos. No puede vender, no puede alquilar, no tiene papeles y las dinámicas del mercado inmobiliario no le dicen nada. A diferencia nuestra, que queremos o no vemos la arquitectura como un bien a poseer, su relación con la casa es puro habitar. Ha perfeccionado el arte de estar. Es el *ocupa* por antonomasia.

Es tan confiable la permanencia de un fantasma en su casa, que en las tradiciones coloniales limeñas eran ellos comúnmente los encargados de ser los guardianes eternos de los tesoros escondidos de los edificios. Si la seguridad diaria de la casa moderna se le encarga al perro, en las antiguas casa de adobe y quincha de la ciudad, los tapados —tesoros escondidos en los gruesos muros de tierra o debajo del suelo— eran protegidos hasta el fin de los tiempos por el espectro de su propietario original. La temporalidad del fantasma está sin duda más cercana a la del mundo material que a la del mundo de los vivos. De ahí que su punto de vista sea especialmente interesante para aproximarnos a la vida de los edificios.

Si bien la modernidad les ha traído a mala reputación o los ha reducido al ridículo,¹ en su condición y en su punto de vista hay algunas herramientas que nos resultan productivas, y que despiertan nuestra imaginación. Abramos más campo... hasta aquí nos hemos referido a los fantasmas como esos espectros que habitan las casas embrujadas, pero también podemos preguntarnos qué acepciones tendría una arquitectura fantasma. Nosotros consideramos por lo menos cuatro: una material y tres incorpóreas.

La primera, la material, la categoría más obvia de las arquitecturas fantasma, son los paisajes humanos abandonados, hoy aparentemente inútiles, desperdigados sobre la superficie de la tierra como una huella, por lo general aterradora, de nuestro paso por ella. Domina esta lista la infraestructura industrial que una vez terminados u obsoletos los procesos extractivos es abandonada. Anna Tsing ha introducido a estos fantasmas en el inicio de su libro *Arts of living on a damaged planet* (2017): “Los vientos del Antropoceno traen fantasmas: los vestigios y signos de formas de vida pasadas que todavía cargan el presente. Este libro ofrece historias sobre esos vientos que soplan sobre paisajes embrujados. Nuestros fantasmas son las huellas de historias más-que-humanas a través de las cuales se hacen y deshacen ecologías”² (traducción propia).

En cuanto a las acepciones incorpóreas de la arquitectura fantasma, la primera de ellas se refiere a las condiciones inmateriales del espacio que

1. En *El fantasma de Canterville*, de Oscar Wilde, el fantasma de Sir Simon Canterville, que durante 300 años ha vivido en el castillo de su familia, es reducido al ridículo cuando la familia Otis se muda allí. Los Otis son una familia norteamericana que para Wilde representa al capitalismo burgués. El fantasma es despojado de todo su poder espectral por los Otis que, impávidos, intentan combatirlo utilizando distintos productos industriales modernos (quitamanchas, aceite para cadenas, jarabes, etc.).

2. En inglés, en el original: “The winds of the Anthropocene carry ghosts—the vestiges and signs of past ways of life still charged in the present. This book offers stories of those winds as they blow over haunted landscapes. Our ghosts are the traces of more-than-human histories through which ecologies are made and unmade.”

experimentamos diariamente y definen en gran medida nuestra experiencia del mismo. El ejemplo más evidente de este tipo de arquitectura es el clima, que determina en todo momento nuestra manera de experimentar y habitar. Esta arquitectura inmaterial es muchas veces la que domina el imaginario colectivo de un espacio. Probablemente las descripciones más persistentes de Lima son esas que aluden a su cielo gris, su niebla opaca y su luz lechosa. Por supuesto, este tipo de arquitectura fantasma no se limita a los efectos naturales, sino que incluye además otros muchos, artificiales. También es la arquitectura del “humo y los espejos” de la ciudad moderna y, de manera más reciente, la virtual. Hoy, vivimos una realidad partida por la arquitectura fantasma de la virtualidad. Estamos aquí y allá y dónde queramos estar, simultáneamente. Fondos de Zoom y fotos en historias de Instagram de nuestras últimas vacaciones posteadas desde el baño de la oficina.

Otras arquitecturas fantasmas de tipo inmaterial pueden ser aquellas que existieron en el pasado y cuya idea, aunque hoy ya no están físicamente, aún nos acecha. Su influencia y relevancia en el presente son incluso mayores a las que tendrían si siguieran existiendo. Son las arquitecturas desaparecidas, demolidas, quemadas y que han pasado a una —mejor— vida fantasmal en el imaginario colectivo. Sabemos que estamos ante un fantasma de ese tipo cuando oímos a alguien decir “¡Ese era su mejor edificio!”, “¡Una joya!” o “Fue una gran pérdida...”.

En esa misma categoría podemos incluir a todas esas arquitecturas que fueron pensadas para tener una corta duración —pabellones, instalaciones, exhibiciones, bienales— pero que lograron aferrarse a una vida eterna incorpórea. Cada bienal es un potencial congreso del terror... Y no quisiéramos dejar fuera las pequeñas arquitecturas efímeras: carrozas alegóricas, arcos, portadas, castillos de fuegos artificiales, carpas y demás, algunas de ellas tan fantasmagóricas que penden de un hilo en los bordes de nuestra memoria.

Finalmente, “fantasma” también puede referirse a una visión quimérica, una visión de algo que no existe ni ha existido, pero que le pertenece a una fantasía o a un sueño. Podríamos decir que el Plan Voisin de Le Corbusier es un fantasma de París, o que el Campo Marzio de Piranesi es un fantasma de Roma. Por años el tren eléctrico penó los aires de Lima. Estos fantasmas pueden influir o incluso dominar la manera en que construimos nuestro imaginario arquitectónico de un lugar, así como la manera en que planificamos, diseñamos, y construimos nuestras ciudades y edificios. Quizás por la naturaleza proyectual de la arquitectura, este tipo de fantasma es uno de los que más la acecha. De ahí que los arquitectos modernos siempre se hayan sentido tan cómodos con la producción de utopías, o, visto a la inversa, que el primer interés del famoso socialista utópico Charles Fourier haya sido la arquitectura.

La A23 se abre oficialmente para encontrar contribuciones sobre la ocupación de la arquitectura, la vida de los edificios, lo mágico, lo abandonado, lo ambiental, lo efímero, lo desaparecido, lo perdido, lo utópico, la fantasía de lo cotidiano, el animismo y mucho más.

SOBRE LAS CONTRIBUCIONES

La revista A es un espacio para volver públicas las más diversas exploraciones estéticas, intelectuales y materiales en arquitectura, con la convicción de que la arquitectura siempre ha sido y necesita ser un conocimiento colectivo y acumulativo. Estamos comprometidos con exponer textos e imágenes cuyo objeto de pensamiento sea el mundo construido en su sentido más amplio y preciso. El formato de las contribuciones es libre. Se aceptan ensayos, dibujos, proyectos fotográficos, ilustraciones, cuentos, diarios, novelas gráficas y más... Se incentiva la publicación de material que esté comprometido con las posibilidades estéticas e intelectuales del texto, la imagen y la relación entre ambos.

PAUTAS PARA EL ENVÍO

Todas las propuestas de contribuciones deben ser enviadas al correo arquitectura.revista.a@pucp.edu.pe hasta el 30 de noviembre de 2024.

Todos los textos (incluyendo bibliografía, notas a pie de página, créditos de imágenes, etc.) deben ser enviados en archivo digital formato .docx y deben seguir las normas de citado y formato indicadas en https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/arquitectura/normas_autores

Todas las imágenes (fotografías, ilustraciones, dibujos, etc.) deben ser enviadas en formato .tiff o .jpg con una resolución mínima de 300 dpi. Se deberá además adjuntar una lista numerada de todas las imágenes enviadas que incluya la siguiente información: título, fuente y nombre del artista.

La Revista A no compra derechos de autor del material que se publica.
Las imágenes deberán ser originales o contar con la autorización del autor.

Todas las propuestas de contribución deben adjuntar además un archivo con una biografía corta de los autores (100 palabras aproximadamente).

Se informará por correo a los autores de las contribuciones seleccionadas para iniciar el proceso de colaboración con el equipo editorial.